

EL RETORNO DE LO POLITICO*

Jean-François Sirinelli
Université Charles de Gaulle,
Lille III

La renovación de la historia política es un hecho evidente¹. Sería, por lo demás un bonito tema de historia... cultural reconstruir las etapas de esta revitalización². A condición, por supuesto, de no limitarse a una simple acta de renacimiento y de evitar dos tipos de errores: actitudes triunfalistas y proclamaciones de rupturas historiográficas decisivas. El talante marcial y la autocomplacencia no han sido nunca actitudes científicas convincentes. Más bien disimularían lo que semejante Reconquista³ tiene todavía de incompleto y frágil y harían de ella una simple Restauración, cuando lo deseable es un verdadero Renacimiento en el pleno sentido del término: menos una vuelta de los Emigrados que la puesta en marcha de una disciplina rejuvenecida. Y conquistadora sin

* La versión original de este texto («Le retour du politique»), hasta ahora inédito, fue presentada por el Profesor J.-F. Sirinelli, el 14 de mayo de 1992, en una Jornada de Estudios en Homenaje a François Bédarida celebrada en el Institut d'Histoire du Temps Présent (CNRS). Traducción: Marina Garteiz.

¹ René RÉMOND ha analizado esta renovación en varias ocasiones, sobre todo en «Une histoire présent», en la introducción de *Pour une histoire politique*, bajo su dirección. Paris, Le Seuil, 1988, pp. 11-32, y en «Le retour de l'histoire politique» en *Questions à l'histoire des temps présents*, jornadas de estudio del Centre d'histoire de l'Europe du vingtième siècle, febrero, 1992, Complexe, 1992, bajo la dirección de Agnès CHAUVÉAU y Philippe TÉTART.

² Etapas ya antiguas, de hecho: así desde 1974 Jacques JULLIARD podía recensionar en un artículo equilibrado, varios síntomas de inflexión iniciada (cf. «La politique», en *Faire de l'histoire*, bajo la dirección de Pierre NORA y Jacques LE GOFF, t.2, Paris, Gallimard, 1974, pp. 229-250).

³ Pascal BALMAND, «Le renouveau de l'histoire politique», en *Les écoles historiques*, de Guy BOURDÉ y Hervé MARTIN, en colaboración con Pascal Balmand, Paris, Seuil, éd. de 1990, cap. 14, p. 364.

ser imperialista: pasaron los tiempos en los que los grandes sectores historiográficos concebían su expansión sólo a expensas de otros: especies de Yalta tácitos que fijaban regularmente, y por uno o dos decenios, las relaciones de fuerza y las zonas del reparto.

Dentro de los límites aquí establecidos, dejaremos a un lado el inventario de formas concretas que reviste esta renovación de la historia política, que se opera a través de «una aproximación diferente a objetos ya analizados desde hace tiempo (y por) la construcción de nuevos objetos»⁴. Limitado de esta manera, el breve recordatorio arriba expuesto podría parecer, de algún modo, banal. Era, sin embargo necesario para nuestro propósito, ya que tal renovación ha empezado a ser plenamente discernible —incluso si, repitámoslo, los cimientos habían sido colocados desde hace varios decenios— en una época en la que paralelamente se desplegaba la historia del tiempo presente. Y es precisamente la constatación de esta coincidencia⁵ lo que nos interesa aquí. ¿Es casual y debemos reducirla a una simple coincidencia cronológica? La respuesta es compleja, ya que hay varias formas de considerar el estudio de las relaciones entre historia política e historia del tiempo presente. Nos limitaremos en las páginas que siguen a dos de estos aspectos: de una parte, constatando que la renovación de la historia política y el rápido desarrollo de la historia del tiempo presente testimonian, de hecho, unas relaciones estrechas y antiguas entre estas dos historias; de otra, destacando, que si lazos tan fuertes existen, conviene sin embargo investigar sus posibles límites.

Afinidades y un pasado común

Ya no estamos en la época —no muy lejana— en la que el historiador concebía su trabajo únicamente como una especie de recuperación de las cenizas del pasado, cuando éste ya estaba totalmente abolido. En la actualidad está admitido que es igualmente objeto de historia este diálogo, a escala humana entre los fenómenos de contemporaneidad y las reverberaciones de la memoria, entre el pasado abolido y el tiempo inmediato. Para la mayor parte de los historiadores, el asunto parece resuelto: Clío está

⁴ *Histoire politique et sciences sociales*, bajo la dirección de Denis PESCHANSKI, Michel POLLACK y Henry ROUSSO, Bruxelles, Complexe, 1991, p. 28 (cf. sobre todo el texto de presentación de esta obra, pp. 13-36, en la que hace el inventario y analiza estos objetos nuevos o renovados).

⁵ Constatación, por ejemplo, formulada explícitamente por Jean Pierre RIOUX en «Peut-on faire une histoire du temps présent?» *Historical reflections- Réflexions historiques*, 1991, vol. 17 n.º 3, nota 4, p. 302.

deontológicamente preparada y metodológicamente armada para tomarle el pulso a la historia inmediata. Y si bien continúan existiendo algunas reticencias, su formulación pone de manifiesto más un rechazo casi instintivo que una recusación realmente fundada. Conocemos por ejemplo el severo juicio de Pierre Goubert en su *Initiation à l'histoire de la France*: «Por lo que se refiere a este largo periodo del s. XX que yo he vivido, lo siento sobre todo a través de mis recuerdos, mis reacciones vivas y mis severos análisis; jamás se me hubiera ocurrido escribir su historia, siquiera brevemente, y no puedo comprender cómo otros se han atrevido a hacerlo, a no ser por vanidad, por interés o por gusto de lo fácil»⁶. Ciertamente, que el informe de la parte civil ha sido presentado por un hombre de fuertes convicciones y de ideas firmes, pero la defensa se ha hecho más fácil con el paso del tiempo, y la historia del tiempo presente puede, sin avergonzarse, responder a los requerimientos provenientes de más allá de 1789.

Siendo así, y sin que ello suponga contradecir lo anterior, el estudio de la historia próxima era practicado desde hacía bastante tiempo, incluso antes de su reconocimiento institucional y del de la profesión, por algunos historiadores, especialmente en el ámbito de la historia política. En efecto, en este ámbito, tanto politólogos como historiadores no han vacilado nunca en abordar las orillas del período que les era contemporáneo. Cuando André Siegfried bosqueja en 1913 su *Tableau politique de la France de l'Ouest* lleva su análisis hasta las elecciones de 1910. Y cuando Charles Seignobos publica en 1921-1922 los tomos VI al IX de *l'Histoire de France depuis la Révolution jusqu'à la Paix de 1919*, último tramo de *l'Histoire de France* dirigido por Ernest Lavisse, esos volúmenes, cuya publicación había sido inicialmente programada entre 1907 y 1909⁷, llegan, a través del tomo IX, y como indica explícitamente el título de la serie, hasta 1919 y el Tratado de Versalles⁸. Y el mismo Seignobos, al filo de los primeros decenios del siglo, comenta para la prensa francesa y extranjera los resultados de las elecciones⁹ y, como telón de fondo, el mundo que le rodea¹⁰.

⁶ Pierre GOUBERT, *Initiation à l'histoire de la France*, Paris, Tallandier, 1984, 490 p., pp. 9-10.

⁷ Cf. Pierre NORA, «L'Histoire de France de Lavisse. Pietas erga patriam», *Les Lieux de mémoire*, t. II, *La Nation*, vol. 1, Paris, Gallimard, 1986, Pierre NORA (dir.), p. 344

⁸ Este tomo IX, publicado en 1922, y que incluye también la «conclusión general» de Ernest LAVISSE se tituló «La Grande Guerre». Fue redactada por Henry BIDOU, A. GAUVAIN y Charles SEIGNOBOS.

⁹ Algunos de estos artículos fueron recopilados en una obra de título significativo, *Etudes de politique et d'histoire*, Paris, PUF, 1934, 398 p.

¹⁰ A veces, cuando pasa de la investigación del pasado inmediato a una proyección de futuro próximo, con análisis pronto desmentidos por la historia: así cuando escribe, en el *New*

Inmediatamente después de otra guerra, sigue siendo a la historia próxima a la que se dedica François Goguel, que publica en 1946 *La politique des partis sous la III^e République*. Historia casi inmediata, de hecho, pues el libro se detiene en 1939 y fue redactado, en parte, en cautiverio en 1^o Oflag XD, a partir de enero de 1942. Y menos de un decenio más tarde, René Rémond, al publicar *La droite en France*, hacía él también en las últimas páginas del libro, la historia de su tiempo: la obra comenzada en 1951¹¹ y publicada en 1954, evocaba la formación del gobierno Pinay en marzo de 1952, titulando el epílogo «De Vichy à M. Pinay». Con el mismo espíritu, René Rémond preconizaba en 1957 desarrollar la historia del final de la Tercera República, historia hasta entonces dejada de lado¹²: el campo a investigar pertenecía al tiempo presente —habían transcurrido apenas dos decenios desde el Frente popular— y los temas a tratar eran principalmente políticos.

Esta vecindad ya antigua entre la historia de lo político y el interés científico por el tiempo muy cercano explica, sin duda, al menos en parte, que la aculturación en el medio universitario francés de la historia del tiempo próximo haya sido realizada en gran medida por la historia política. Pues bien mirado, el programa de investigaciones sobre el fin de la Tercera República elaborado en 1957 por René Rémond fue llevado a buen término sin ruido pero con una eficacia indudable a partir de los años 1970, explicándose el desfase por el tiempo de preparación de las antiguas tesis de doctorado de Estado. Estas investigaciones, comenzadas la mayor parte de ellas a mediados de los años 1960, se centraban en objetos cronológicamente próximos: una tesis sobre el partido radical (Serge Berstein), o sobre los antiguos combatientes en el período de entreguerras (Antoine Prost) se corresponden bien, salvando las distancias en relación con el objeto, a los estudios que han sido emprendidos en 1992 sobre los partidos políticos de la postguerra o sobre los movilizados para la guerra de Argelia.

Como vemos, no pocas tesis preparadas al filo de los dos primeros decenios de la V República hacían ya, a su manera, historia del tiempo presente. Con una observación: tal disposición no concernía entonces más que a la historia política. Las grandes tesis de Estado dirigidas

York Herald del 24 de abril de 1927, «¿alguien puede garantizar diez años de existencia a las dictaduras en España, en Italia, incluso en Rusia?» concluyendo: «la dictadura pertenece al pasado, no al porvenir» (*op. cit.*, p. 386).

¹¹ Cf. el prefacio de *Les droites en France*, Paris, Aubier-Montaigne, 1982, p. 9

¹² René RÉMOND, «plaidoyer pour une histoire délaissée. La fin de la III^e République». *Revue française de science politique*, vol. VII, 2, abril-junio 1957, pp. 253-270.

en la misma época, en el campo de las relaciones internacionales, por Jean-Baptiste Duroselle investigaban más bien, con la fecundidad comocida, el período de 1870 a 1914 y aclaraban sobre todo la cuestión de los orígenes de la Primera Guerra mundial. Y en el sector de la historia económica, la mayor parte de las tesis defendidas entonces tenían su centro de gravedad mayoritariamente situado en el siglo XIX.

Sin duda, los fenómenos de relevo generacional han colmado en parte posteriormente este desfase entre segmentos cronológicos de investigación de las distintas ramas de la escuela francesa de historia contemporánea, y la distancia entre estas ramas ha tendido globalmente a reducirse. Un enfoque diferenciado de la historia del tiempo presente es pues menos pertinente hoy, al practicarse ampliamente fuera del campo político, banalizándose así, signo indirecto de su consagración. ¡No es un obstáculo! Lo arriba expuesto confirma que la historia política ha sido un fermento para la historia del tiempo presente, a la que le unían, se ha visto, afinidades y un pasado común. Y, en su fase de despegue institucional, la segunda se ha beneficiado de la recuperada solidez de la primera¹³. Retomando la cuestión planteada inicialmente, concomitancia, en este caso, no ha sido simple coincidencia.

De estos fuertes vínculos iniciales, deriva, por otra parte, una fuerte polaridad ejercida por la historia política en el seno de la historia del tiempo presente tal y como actualmente se practica. Forzoso es constatar, en efecto, que la «banalización» mencionada antes no impide que existan fenómenos de atracción en beneficio de esta historia política: no pocas investigaciones comenzadas en la periferia de lo político, en historia económica o en el campo de las relaciones internacionales, se han reorientado, al menos en parte, en torno a lo político, por la vía, principalmente, del estudio de la toma de decisiones o por

¹³ Lo contrario no sería totalmente cierto. No tendría razón, en efecto, concluir de lo anterior que la renovación de la historia política se ha operado únicamente en el campo de la historia del tiempo presente, o incluso sólo en el de la historia contemporánea. La publicación en 1987 de los dos primeros volúmenes de la *Histoire de France* de Hachette fue, por ejemplo, significativa, por su contenido y por sus mismos títulos, de un movimiento que tocaba otros «períodos» de la historia: *L'Etat royal. De Louis XI à Henri IV, Le Moyen Age. De Hugues Capet à Jeanne d'Arc*. Publicación doblemente significativa si consideramos también el nombre de dos de los autores de estos volúmenes: Emmanuel LE ROY LADURIE y George DUBY. Más ampliamente, se observará que ha pasado la época en que en un informe sobre historiografía francesa concluía que la política «ha desaparecido prácticamente de los trabajos relativos a la Edad Media» (Jean GLÉNISSON, en *La recherche historique en France de 1940 à 1965*, Paris, Editions du CNRS, 1965, p. XXXVI). La importancia de los trabajos de Philippe Contamine y de Bernard Guenée, principalmente, ha venido a confirmar el diagnóstico. Y se podría hacer el mismo análisis para la historia antigua o la historia moderna.

el interés puesto en la memoria y, más ampliamente en la cultura política.

¿Una pareja con problemas?

¿La pareja historia política-historia del tiempo presente plantea sin embargo limitaciones para ser sólida y fecunda? La cuestión debe ser planteada, pues algunas direcciones, que pensamos debe abordar la historia política si pretende continuar su *aggiornamento* parecen, a primera vista, a veces difíciles de llevar a cabo en el campo del tiempo presente.

En efecto, esta historia política sólo podrá confirmar en última instancia su brillante revivificación si, por una parte, investiga más ventajosamente la vena historiográfica de las culturas políticas y si, por otra parte, se injerta en la historia sociocultural, para integrar en su campo de investigación el estudio de las «representaciones». Ahora bien, en estos dos planos, la proximidad cronológica es posiblemente un gran obstáculo.

El problema, en todo caso, exige ser examinado. Precisemos los datos. La cultura política es probablemente el ámbito en el que en el que los avances deseables resultarán más fecundos¹⁴. Existe, en efecto entre lo político y lo cultural, una amplia zona de contacto y de ósmosis, que se puede legítimamente llamar cultura política. Los valores y creencias de una sociedad, particularmente, están en copropiedad entre la política y la cultura, y aquellas que se unen de forma especial conforman una familia política y constituyen su cultura política propia. Esta cultura política es el resultado de una alquimia compleja. Las grandes ideologías no constituyen más que uno de sus ingredientes, y en ella se amalgaman también, nutriendo y explicitando a la vez estos valores y estas creencias, una memoria específica, compuesta de fechas clave, personajes señeros y, en su caso, de textos canónicos, un vocabulario propio y, a menudo, una sociabilidad particular, ritualizada o no: en otros términos, la cultura política es, a la vez, una especie de código y un conjunto de referentes formalizados en el seno de un partido o de modo

¹⁴ Desde 1988, por ejemplo, Serge BERSTEIN insiste en la importancia del estudio de las culturas políticas (cf. «Les partis», en *Pour une histoire politique*, réf. cit., sobre todo pp. 80-82). Y ya en 1985, había investigado esta vena en ciertos pasajes de *Edouard Herriot ou la République en personne*, Paris, Presses de la FNSP; cf. también su artículo reciente sobre este tema de la cultura política en *Vingtème siècle. Revue d'histoire*, julio-septiembre 1992.

más ampliamente difundido, en el seno de una familia o de una tradición política¹⁵.

A partir de la definición anterior, el análisis, como se ve, debe desplegarse sobre varios decenios. Menos, de hecho, por razones de distanciamiento deontológico —que no está ya de modo como hemos visto, desde la consagración epistemológica de la historia del tiempo presente¹⁶— como por razones de perspectiva. Los fenómenos culturales —entendidos aquí en sentido amplio, e incluyendo las culturas políticas— son de combustión más lenta que aquellos específicamente políticos. Necesitan por lo mismo, para ser captados en toda su amplitud y restituídos en toda su riqueza de una perspectiva multidecenal. ¿Podemos pues captar con el mismo provecho científico las culturas políticas contemporáneas? La cuestión es probablemente más delicada. Estas culturas son precipitados complejos en los que las aportaciones ideológicas están amalgamadas a otros muchos ingredientes: no alcanzan su punto de equilibrio y de despliegue hasta un momento determinado. Por otra parte, esos componentes están en evolución constante. Es por tanto necesario, lo mismo para captar este período de despliegue que para dar cuenta de la evolución hacia adelante y hacia atrás de este período, volver a dar un cierto espesor cronológico —varios decenios— a los fenómenos estudiados. He aquí un ejemplo para recordarnos esta necesidad. Los sucesivos discursos del RPR en materia económica y social, desde diciembre de 1976, en que propugnaba un «laborismo» a la francesa hasta los años 80, en que prestaba un oído favorable al ultraliberalismo, hubieran conducido a un historiador preocupado por analizar este elemento de las culturas políticas que es la visión de las relaciones entre el Estado y la esfera socioeconómica, pero poco atento a la puesta en perspectiva de la cuestión, a formular, con algunos años de distancia, conclusiones opuestas. Ello supondría un prejuicio científico, tanto más grave cuanto, de una parte, se trata de una cuestión esencial para la identificación política del gaullismo, y de otra, precisamente situado de nuevo sobre el medio siglo de existencia del gaullismo histórico, es posible, mas allá de los avatares del discurso, poner en evidencia una tendencia de peso en la materia¹⁷.

¹⁵ Esta definición es la que yo propongo en el tomo II —*Cultures*— de la *Histoire des droites en France*, publicada bajo mi dirección en Editions Gallimard (3 volúmenes, 1992).

¹⁶ Cf. Jean François SIRINELLI, «Idéologie, temps et histoire», en *Questions à l'histoire des temps présents*, op. cit.

¹⁷ Para el período que precede a la época del RPR. Cf. Marc SADOWN, Jean-François SIRINELLI y Robert VANDENBUSSCHE, *La politique sociale du général de Gaulle*, Lille, Centre d'Histoire de la Région du Nord et de l'Europe du Nord-Ouest, 1990, 345 p.

Otro ejemplo esclarecedor, ¿es realmente posible, sin un distanciamiento suficiente, definir la cultura política —tal como la hemos definido más arriba— del electorado del Frente Nacional? Este electorado, en cuanto conjunto estadísticamente significativo, no existe más que desde 1983-1984, o sea, menos de un decenio. Si es científicamente posible hacer la historia del arraigo del Frente Nacional¹⁸, analizar su sociología¹⁹ y situar este movimiento en perspectiva²⁰, el estudio de la cultura política de este electorado parece por el momento problemático, pues oscila entre el «Le Pen proletario» y ciertos distritos o barrios residenciales de las grandes ciudades (sin contar con que últimamente existe con una implantación a veces rural, que no es homogénea ni está estabilizada²¹). Mientras que como contraejemplo, para un amplio periodo de varios decenios, el análisis de la cultura política de un partido se presenta como una tarea metodológicamente viable y científicamente preciosa²².

La necesidad de situar la historia de las culturas políticas en el espesor cronológico de varios decenios es igualmente sensible en otro campo distinto, el de la memoria. En la conformación y trasmisión de esas culturas políticas, en efecto, el pasado «revisitado» a través de la memoria culta o resurgido a través del prisma deformante de la memoria colectiva es un componente fundamental. Por otra parte, ese peso del pasado está en movimiento y es ese movimiento mismo, sobre todo, lo que interesa al historiador. El alcance de los trabajos de Henry Rousso, por ejemplo, provienen de que la imagen retiniana de Vichy es puesta en perspectiva de más de cuatro decenios, lo que permite el análisis de una memoria viva y al mismo tiempo cambiante.

Parece pues, a fin de cuentas que la historia política, contrariamente a una visión mutilante que no hiciera más que una historia referida al «tiempo corto» en sentido braudeliano, comprende también objetos con ritmo de otras respiraciones: así nos parece que el estudio de las cultu-

¹⁸ Guy BIRENBAUM, *Le Front National en politique*, Paris, Balland, 1992, 358 p.

¹⁹ Nonna MAYER et Pascal PERRINEAU, *Le Front National à découvert*, Paris, Presses de la FNPS, 1989, 367 p.

²⁰ Cf. Pierre MILZA, «Le Front National: ¿droite extreme o national-populisme?», en *Histoire des droites en France*, op. cit.

²¹ Al menos por lo que concierne a la cultura política de los electores y simpatizantes; pues para los cuadros del movimiento, los trabajos de Guy BIRENBAUM son esclarecedores (cf. el último capítulo, «Des valeurs et des hommes», de la obra citada en la nota 18, basada en una encuesta realizada sobre los delegados de FN en el Congreso de Niza de 1990).

²² Cf. el libro reciente de Marc LAZAR, *Maisons rouges. Les partis communistes français et italien de la Libération à nos jours*, Paris, Aubier, 1992.

ras políticas pone de manifiesto más bien un «tiempo» intermedio multidecenal. El desarrollo de una historia de las culturas políticas, además de su interés intrínseco, tendrá así, como vemos, la ventaja de materializar esta inserción de la historia política en las diferentes duraciones que tanto han enriquecido otras ramas de la historia²³.

¿Quiere esto decir que, paradójicamente, una historia política así regenerada podría ser aplicable a la historia del tiempo presente, breve intervalo de tiempo, no se prestaría a esas declinaciones con ritmos variables? Sería olvidar que la historia del tiempo presente, en el espíritu de sus pioneros, no fue nunca concebida como simple retazo de tiempo inmediato. A iniciativa principalmente de François Bedarida, han sido siempre, de hecho, cuatro o cinco decenios, por lo menos, los que han sido tenidos en cuenta. Ciertamente el legado del Comité de historia de la Segunda Guerra mundial diseñaba ya un cuadro cronológico ampliado hacia los años 1940. Pero a estas razones circunstanciales se añadía, desde un principio, una reflexión sobre la noción de tiempo presente²⁴ que incluía la zona de memoria de los contemporáneos y proporcionaba de facto espesor cronológico al análisis. Ciertamente, los obstáculos arriba mencionados se mantienen y las objeciones posibles son reales, haciendo de la historia de las culturas políticas del tiempo presente una tarea delicada de poner en marcha. La acepción dada a la noción de tiempo presente y este espesor cronológico que la mantiene dan sin embargo al historiador un margen de maniobra en este terreno.

¿Sucede lo mismo con otro enfoque también susceptible de enriquecer la historia política, pero cuyo campo de investigación que supera los cinco o seis decenios, parecería vedado a la práctica de la historia del tiempo presente? Este enfoque es el comúnmente bautizado como historia de las representaciones o, aunque el término es de uso mucho más plástico y por lo mismo científicamente más impreciso, el de «mentalidades». Tal enfoque, seguramente puede resultar de gran

²³ Con tal comprobación se valora mejor, por otra parte, el carácter innovador de *La droite en France* de René RÉMOND: desde 1954, éste último hacía historia política inserta en duraciones de geometría variable. La reacción de *Annales* a este libro no puede ser más sorprendente: «curioso libro» para Robert Mandrou, y «libro rápido», en una reseña que apenas lo era pues constaba exactamente de quince líneas (*Annales ESC*, tomo X, octubre-diciembre 1955, pp. 606-607). Así como es sorprendente el carácter aislado durante mucho tiempo- por lo menos en ese plano- de tal paso innovador: esta preocupación por estudiar la política en la larga duración no se encontrará de nuevo en los decenios siguientes, salvo en algunas investigaciones individuales como la de Paul Bois, por ejemplo.

²⁴ Cf. el seminario dirigido por François Bédarida, entre 1979 y 1985, sobre esta noción de «tiempo presente».

valor en historia política, pues si las creencias y los valores de una comunidad dada forman parte de la cultura política, bien sean alimentadas por ella o que ésta contribuya a explicitar y a formalizar algunas de ellas —pues las relaciones no son unívocas— derivan también, en parte, de un ámbito más oculto, precisamente el de las representaciones colectivas y de las «mentalidades».

Pieza maestra de una antropología histórica alimentada por la observación de sociedades cronológicamente alejadas de la nuestra, la historia de estas «mentalidades» y representaciones parecería llevar en sí misma, casi por esencia, una incapacidad para dar cuenta de nuestra historia desde 1789, considerada suficientemente próxima para que aparezca como falta de fundamento el empleo de la antropología. Ahora bien, la obra de Maurice Agulhon lo ha demostrado con brío, la historia de las mentalidades no está exclusivamente destinada a iluminar sociedades marcadas por «la política anterior a la era de la política» (Eric Hobsbawm). Con esta obra, en efecto, el siglo XIX francés ha entrado de lleno en el radio de acción de la antropología histórica²⁵ y la aculturación de «la República» en «la aldea» ha sido estudiada con instrumentos forjados al fuego de esta antropología.

Siendo así, ¿sería posible considerar una tarea semejante para el siglo XX, y dentro de él, para estos cuatro o cinco decenios más próximos? Esta cuestión es esencial y llamada con seguridad a ser objeto de amplios debates. Apuntaremos simplemente aquí, como contribución a esos debates futuros, que la noción de «representaciones» remite a la de «estructuras mentales», pero sugiere también una base de estructuras más profundas. En la primera acepción, una investigación en historia próxima es posible. Existen, por otra parte, trabajos que se han propuesto estudiar las representaciones en el tiempo corto: así los trabajos pioneros de Pierre Laborie sobre la opinión francesa en los años 1930 y en la época de Vichy²⁶. En estos trabajos Pierre Laborie entiende situarse explícitamente «en el presente del acontecimiento, en el momento que en el que éste es vivido y percibido», aunque las representaciones «resulten igualmente del entrecruzamiento de temporalidades de diversa naturaleza»²⁷

²⁵ Cf. Jean François SIRINELLI, «Histoire des mentalités et histoire contemporaine: une greffe réussie», *Vingtième siècle. Revue d'histoire*, 29, enero-marzo 1991, pp. 99-100.

²⁶ Pierre LABORIE, *L'opinion publique et les représentations de la crise d'identité nationale, 1936-1944*, Toulouse, 1988, 330 p. dact., y *L'Opinion française sous Vichy*, Paris, Le Seuil, 1990, 415 p.

²⁷ Cf. Pierre LABORIE, «Histoire politique et histoire des représentations mentales», en *Histoire politique et sciences sociales*, op. cit., pp. 155-169, notas pp. 164-165. Cf. en el

¿Es igualmente posible el enfoque que nos proporcionan las «representaciones»²⁸ en estos últimos decenios en lo referente a la segunda acepción, la de la exhumación de las estructuras más profundas? La respuesta, claro está, exigiría un inventario y un análisis más detallado. Podemos observar de entrada que, a falta de permitirnos un estudio de estas representaciones a largo plazo la historia política del tiempo presente, a causa de la densidad de sus «acontecimientos» —cuatro regímenes, de los cuales dos desaparecidos por muerte violenta y un tercero que se fué en los vagones del ocupante en 1944, una guerra mundial, dos guerras coloniales—, permiten observar el surgimiento de esas estructuras profundas. Como ha señalado René Rémond, a propósito de la derrota francesa de mayo-junio 1940, «la conjunción de un acontecimiento dramático y del efecto sorpresa libera sentimientos elementales y deja el campo libre a la vuelta a la noche de los tiempos, de las reacciones instintivas y atávicas ocultas por comportamientos modelados por la educación e inculcados por la cultura política»²⁹.

Si la historia del tiempo presente conserva, sobre todo en materia de relación con el archivo, una cierta especificidad, es, como se ha visto bien, un sector en el que el objeto político, hoy relegitimado, puede someterse a un enfoque global y un lugar a partir del cual son posibles fructíferas penetraciones hacia estructuras más profundas. Y si se considera que el gran momento que conoce la historia política no es un simple almuerzo al sol, estas dos historias no son pues más que el comienzo de un largo camino a recorrer juntas.

mismo libro y como respuesta a la contribucion de P. Laborie, el apasionante artículo-debate de Nicole LORAUX, «Questions antiques sur l'opinion. En guise de répons à Pierre Laborie», pp. 171-187.

²⁸ En *Histoire des droites en France*, proponemos, con el editor Eric VIGNE, sobre registro ciertamente diferente, una aproximación por las «sensibilidades» (cf. las introducciones a los tomos I y II).

²⁹ René RÉMOND, «L'opinion française des années 1940. Poids de l'événement, permanence des mentalités» en *Vichy et les Françaises*, bajo la dirección de Jean-Pierre AZÉMA y François BÉDARIDA, con la colaboración de Denis PESCHANSKI y Henry ROUSSO, Paris, Fayard, 1992, pp. 481-492, cita p. 484.